

Tercer Domingo de Cuaresma C2025

Quisiera comenzar este tercer domingo de Cuaresma con una afirmación: «Nuestro Dios es paciente, compasivo y misericordioso. Su paciencia va más allá de nuestras faltas; su perdón, más allá de nuestros pecados. Su corazón es más grande de lo que podemos imaginar, abrazando tanto a pecadores como a justos. No nos juzga según nuestros pecados, sino según su misericordia. Siempre nos ofrece una segunda oportunidad cuando la gente se extravía. Así es como debe ser recordado de generación en generación como el Dios que cuida y perdona».

Extraigo estas afirmaciones de las lecturas de hoy. Permítanme comenzar con la historia de Israel. Mientras sufrían en Egipto, Dios intervino por medio de Moisés para liberar a los hijos de Israel y poner fin a su dolor. Con esto, Dios demostró que no es indiferente ni insensible ante la miseria de su pueblo. Él cuida y actúa a favor de quienes le pertenecen.

Al igual que Dios, en la Cuaresma estamos llamados a cuidar de nuestros hermanos y hermanas necesitados. Esto es lo que justifica la limosna y las obras de caridad en esta temporada de cuaresma. Sin embargo, debemos recordar que es imposible ignorar a la gente y pretender que las amamos. El amor comienza con la conciencia de observar, cuidar y, luego, hacer algo por los necesitados. Cuando realmente amamos a la gente, empezamos a prestar atención a lo que sucede en su vida. Eso es lo que Dios hizo con los israelitas en Egipto.

La disposición bondadosa de Dios nos desafía en nuestras relaciones con nuestros semejantes. ¿Con qué frecuencia prestamos atención a la miseria de quienes nos rodean? ¿Cuánto nos conmueven las lágrimas en los rostros de quienes sufren? ¿No decimos a menudo: «Esto no es mi asunto»?

Dios no solo es bondadoso; también es indulgente y misericordioso. Este carácter de Dios se destaca en el Evangelio de hoy cuando Lucas relata el episodio de las personas que Pilato mató mientras ofrecían un sacrificio y el de quienes perecieron cuando la torre cayó sobre ellos. Debemos recordar que en el Antiguo Testamento, la mal suerte y la desgracia se consideraban a menudo como un castigo divino a causa del pecado cometido. Desde esta perspectiva, cuando la gente acudía a nuestro Señor para hablar de los asesinados por Pilato, querían que validara su concepción de la desgracia y mal suerte como consecuencia del pecado.

Para nuestro Señor, no existe vínculo entre el pecado y la mala suerte, ni con la muerte de la gente. Quienes fueron asesinados por Pilato o aplastados por la caída de la torre no eran peores que los demás. No eran los mayores pecadores de todos los habitantes de Galilea o Jerusalén. En otras palabras, si nunca le ha sucedido nada malo, no es porque sea un santo, sino porque Dios le concede un tiempo extra para arrepentirse; él es paciente contigo.

Esto explica la parábola de la higuera en la última parte del Evangelio. Aquí Dios desempeña un doble papel: es el dueño de la viña, con una higuera que no ha dado fruto en tres años. Así que decide cortarla porque está agotando la tierra sin producir nada. Pero Dios también es el viñador que mira la higuera y piensa que si le da una oportunidad más, quizás dé fruto. Nuestro Dios siempre está dispuesto a darnos otra oportunidad.

En otras palabras, si seguimos vivos, a pesar de los pecados que hemos cometido a lo largo de nuestra vida, es porque Dios nos ama y es paciente con nosotros. Nos da un tiempo extra para convertirnos. Nos da una segunda oportunidad y debemos aprovecharla.

El período de Cuaresma que hemos comenzado es un momento en el que la Iglesia nos recuerda la paciencia de Dios y la fragilidad de nuestra condición humana. No podemos ser conscientes de nuestra fragilidad sin humillarnos y pedir perdón a Dios por nuestros pecados. Nuestro Señor nos invita con insistencia a cambiar nuestros malos caminos, que solo pueden llevarnos a la muerte y la ruina.

Tenemos que transformarnos y cambiar nuestra forma de ser y de actuar. Si aún no nos hemos decidido a cambiar nuestros pensamientos y comportamientos, ya es hora de que empecemos a hacerlo. Nuestro Señor nos invita a ver este período de Cuaresma como un tiempo de gracia y una segunda oportunidad.

Si tomamos la Cuaresma en serio, podemos comprender por qué la historia de Israel cobra importancia para nosotros hoy. Lo que sucedió en tiempos de Israel fue para advertirnos, dice San Pablo en la segunda lectura. Por lo tanto, quien crea estar firme, tenga cuidado de no caer.

Este tercer domingo de Cuaresma nos recuerda la paciencia y la misericordia de Dios. Nos invita a aprovechar esta maravillosa oportunidad para trabajar por nuestra conversión. Dios quiere que nos salvemos. Siempre nos da una segunda oportunidad. No descuidemos la gracia que nos da en los sacramentos y utilicémosla para nuestra salvación eterna. Dejar para mañana lo que podemos hacer hoy por nuestra salvación es presuntuoso y peligroso. Amén.

Éxodo 3: 1-8^a, 13-15; 1 Corintios 10: 1-6, 10-12; Lucas 13: 1-9



Fecha de la Homilía: el 23 de Marzo, 2025
© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250323homilia.pd